**El mar**

****

**de Federico Roca**

*El escenario está dividido en dos secciones, o quizás las dos secciones se confunden una en otra, pero hay un escritorio con artículos de escribir, lapiceras, hojas, y hay una zona de guerra, como con escombros o bolsas de arena, como si fuera una trinchera, la imagen misma de la destrucción. Puede ser incluso que toda la parafernalia de la guerra se distribuya alrededor del escritorio. En cualquier caso, en la zona del escritorio debe haber suficiente espacio para albergar a las tres actrices. Al comenzar, el escenario está en penumbras. Se escucha un bombardeo, gritos, llantos, una sirena antiaérea, aviones. Las luces parpadean sobre la zona de guerra. Por entre el ruido entra la música, y con la música Adila, caminando lentamente, como si viniera de muy lejos y soportara un cansancio de décadas. Se sienta en los escombros. Los bombardeos se extinguen, la música se desvanece.*

**Adila:** Tammam se sentía cansado. Acarrear las vasijas del agua colgando de los hombros durante toda una vida para regar los olivos nuevos, porque siempre había olivos nuevos que regar, le había llenado las articulaciones de suspiros, así que un día decidió que ya era momento de comprar un camello que lo ayudara con la tarea, pensando en que no sólo le haría la vida más fácil a él, sino también a toda su familia que, un día sí y otro también, acarreaba el agua junto a él. Tammam reunió todas las monedas que había en la casa, llenó dos vasijas con su mejor aceite y se fue al mercado. Había muchos camellos. ¿Cuál elegir? No tardó en darse cuenta: cuando miraba indeciso por sobre la cerca, uno de los camellos le guiñó un ojo. Tammam parpadeó varias veces, seguro de que algo se habría metido en su propio ojo, pero cuando miró nuevamente al camello, éste, otra vez, le hizo una guiñada. Era verdad: el camello le había guiñado un ojo. Entre toda la gente que había en el mercado, el camello le había guiñado el ojo a él, cosa singular pero no tanto: está escrito que un camello puede, si quiere, guiñar un ojo. Tamman estaba muy impresionado, sí: para desesperación de su mujer, Segulah, Tammam siempre había sido un romántico y un soñador. Por supuesto, él siempre le decía: "Segulah, mujer, si yo no fuera tan romántico y soñador como dices, ¿te habrías casado conmigo?", y ella, enternecida, le decía que no, que no se habría casado, y ya no se quejaba. No es que Tammam hiciera las cosas mal, no, pero se ponía distraído a veces: olvidaba las cosas, dejaba las herramientas en el campo o quizás Segulah lo enviaba al mercado a comprar harina y él volvía con dátiles. Entonces ella le preguntaba por qué había hecho tal cosa y él le respondía que se la había imaginado a ella, a Segulah, bajo la luna, comiendo dátiles y que él estaba a su lado y estaban de la mano y la luz de la luna era más blanca que nunca, pero que a pesar del blancor de la luz de luna que había imaginado, no había podido recordar la harina. Ella lo miraba con sorpresa, pero luego de un instante, le sonreía. Ah, sí: tanto se querían Segulah y Tamman. Segulah le perdonaba todo y luego, de noche, se escapaban los dos a ver la luna y comer los dátiles de la mano y disfrutar del fresco de la noche, juntos, en medio de la calma que da saber que la vida es buena y más si se tiene al lado a un hombre como Tammam o a una mujer como Segulah.

Tamman se decidió a comprar el camello guiñador. El camellero, que era honesto, le dijo que ese camello no le iba a servir. Que no sólo era viejo y poco tiempo le quedaba de vida, sino que además estaba loco. "¿Loco?", preguntó Tammam. "Loco", respondió el vendedor. "Loco y terco, de puro viejo que es". Tammam miró al camello con tristeza, y éste, bendito sea Alá, volvió a guiñar el ojo. "No importa", le dijo al vendedor, "me lo llevo de todos modos". "Su mujer lo va a echar de casa, Tammam", le dijo el vendedor. "¿Segulah? No lo creo", y le entregó todo lo que tenía: sus monedas y las vasijas de aceite. En cuanto Segulah vio el camello le preguntó, alarmada: "Tammam, ¿por qué compraste un camello tan viejo?". "Porque me guiñó el ojo. No una vez, ni dos, no: tres veces". Segulah suspiró, pero no dijo nada, tan feliz estaba Tammam con su camello. Pensó: "bueno: durará lo que tenga que durar con el favor de Alá y luego veremos cómo llevamos el agua a los olivos y cómo recuperamos el dinero". No pasó nada de tiempo antes de que se dieran cuenta de que el camello realmente estaba loco. Se escapaba del corral, nadie sabía cómo, pero lograba escaparse del corral. No importaba qué pusiera Tammam para asegurar la puerta, el camello se escapaba, aunque tuviera que tirar la puerta abajo. El camello se escapaba y, bendito sea Alá, siempre lo encontraban detrás de la casa, golpeando con su pezuña la tierra en la esquina de la casa que daba al este. De todos modos, el camello cumplía su trabajo sin quejarse: llevaba el agua hasta los olivos, sin importar cuántas veces tuviera que hacerlo. Y, lo mejor de todo, le seguía guiñando el ojo a Tammam, aunque nadie más que él lo creyera. Al final decidió no encerrar al camello, porque el camello no se escapaba, sólo daba la vuelta a la casa para golpear la tierra con la pezuña, siempre en el mismo lugar. Siete veces salió Tammam de su casa y siete veces encontró al camello golpeando el suelo en la esquina de la casa. Otras tantas salió Segulah para encontrar al camello haciendo lo mismo, hasta que no tuvo más remedio que decirle a su marido: "Tammam, ni siquiera un camello loco puede equivocarse tanto: debe haber algo ahí, quizás agua", y todos se alegraron pensando en tener agua tan cerca de la casa, casi en la misma casa. Así que Tammam trajo una pala y se puso a excavar, mientras el camello lo miraba. Fue entonces que Segulah se dio cuenta de que era verdad que le guiñaba el ojo a Tammam. "Te guiña el ojo, Tammam, cava más profundo". Y Tammam excavó y excavó y excavó y no encontró agua, pero encontró una vieja olla de cobre llena de monedas de oro, porque Alá dispuso que los mejores tesoros se encuentren siempre en la propia casa. Y así fue que gracias al camello loco, Tammam pudo comprar un tractor para llevar agua a los olivos. Años después, cuando el camello murió, lo enterraron con los honores reservados a los más amados integrantes de la familia.

*La luz sobre Adila se desvanece. Luz sobre la zona del escritorio. Entra Dania, que trae unas bolsas como de supermercado y una cartera colgando del hombro. Deja las bolsas en el escritorio, cuelga la cartera, revisa papeles que tiene en el escritorio. Toma uno, lo lee con atención. Se sienta, toma el teléfono y marca. Mientras Dania habla, Adila se pone un hiyab.*

**Dania:** (*Al teléfono*) Hola… sí, soy yo… Ninguna novedad. Aún no definen los cargos y mientras no hagan eso, no es mucho más lo que podemos hacer. Ya se lo expliqué… Las fui a ver hoy mismo… están bien… No sé si las están tratando bien, pero ellas están bien. Hasta divertidas por la situación… todo lo divertidas que se puede estar, claro está… Ya sé que es grave, pero ¿qué pueden hacer? ¿Llorar? … Mire, mis compañeras y yo estamos haciendo todo lo posible… Tengo a mi secretaria instalada en el juzgado desde la mañana… Ya presentamos varios recursos… Ya sé que ya pasó el tiempo reglamentario y que deberían soltarlas, ya lo sé… Ok…

*Adila se aproxima y se queda parada a un lado, observando a Dania, sin saber qué hacer. Dania la mira con cierta extrañeza y le hace un gesto para que la otra espere.*

**Dania:** *(Al teléfono)*En cuanto sepa algo será la primera en enterarse, se lo prometo. Confíe en mí. Por algo su hija me eligió como su abogada, ¿verdad? No, no me ofendo, claro que no, créame que la entiendo… Sí, eso mismo haremos. La tengo que dejar, me esperan… Sí, adiós.

*Dania corta con preocupación. Mira a Adila.*

**Adila:** Buenas tardes.

**Dania:** Buenas tardes. ¿En qué la puedo ayudar?

**Adila:** Estoy buscando a…

**Dania:** (*Cortándola*) ¿Cómo entró? ¿Quién la dejó entrar?

**Adila:** La puerta estaba entreabierta, golpeé, nadie salió. Entré.

**Dania:** ¿No había nadie? Ah, claro, mi secretaria está… en fin…

**Adila:** Busco a la señora Dania.

*Dania se la queda mirando, un poco extrañada.*

**Dania:** No atiendo sin cita previa. Y además es viernes.

**Adila:** ¿Usted es Dania?

**Dania:** Sí.

**Adila:** Perdone que la llame por el nombre, pero es que no sé su apellido. Me dijeron: hable con Dania. Y aquí estoy.

**Dania:** ¿Viene de muy lejos, abuela?

**Adila:** Bastante. Y llegué. Nada mal para una vieja, ¿verdad?

**Dania:** (*Señalándole una silla junto al escritorio*) Venga. Siéntese. ¿Cuál es su nombre?

**Adila:** (*Sin moverse*) Adila.

**Dania:** Venga, Adila, siéntese, por favor, siéntese.

*Adila va hasta la silla y se sienta.*

**Dania:** ¿Quiere agua? ¿Té?

**Adila:** Lo que moleste menos.

*Dania, desconcertada, sirve agua en un vaso con una jarra que tiene sobre el escritorio. Le tiende el vaso a Adila, que lo toma, visiblemente emocionada. Lo contempla. Lo bebe a pequeños sorbos, saboreando cada uno.*

**Adila:** Gracias. Gracias. Gracias.

**Dania:** ¿Quiere más?

**Adila:** Por favor.

*Dania le sirve.*

**Dania:** ¿En qué la puedo ayudar?

*Adila deja el vaso en el escritorio. Se estruja las manos, como si pensara la mejor manera de decir lo que tiene para decir.*

**Adila:** Usted sabe… Yo… Vengo de un pueblo que está a unos… ¿cuántos serán? Ochenta quilómetros de aquí.

**Dania:** Ajá…

**Adila:** Y vine a hablar con usted porque… bueno, usted verá… soy una mujer vieja…

**Dania:** (*Divertida*) ¿Y qué? Usted misma lo dijo: llegó hasta aquí. No es poco.

**Adila:** No lo es. La cuestión es que me dijeron que hablara con usted. Si no me hubieran dado todas las certezas de que era usted con quién debía hablar, no la estaría molestando.

**Dania:** ¿Y cuál es su problema?

**Adila:** Oh… A esta altura ya no tengo problemas. Me refiero a problemas que me incomoden… Una se acostumbra a todo…

**Dania:** ¿Entonces?

**Adila:** Aunque… Quizás sí sea un problema… Ya ve, a esta edad con estas cosas…

**Dania:** (*Con un punto de impaciencia*) Dígame en qué puedo ayudarla.

**Adila:** (*La mira*) Mi nieta quiere conocer el mar.

*Dania la mira, se pone un poco a la defensiva.*

**Dania:** No la entiendo.

**Adila:** ¿No? Me dijeron que usted es la abogada que defiende a algunas de las mujeres presas por llevar a mujeres palestinas al mar y que por eso debía hablar con usted.

**Dania:** Bueno, sí, es verdad, pero…

**Adila:** (*No deja hablar a Dania*) Y como los viajes al mar siguen sucediendo a pesar de la prohibición y las mujeres presas, yo vengo a hablar con usted para averiguar cómo llegar a esas mujeres israelíes que llevan a mujeres palestinas al mar…

**Dania:** Sí, pero...

**Adila:** (*No la deja seguir*) Mi nieta quiere conocer el mar, fíjese. Quiere conocer el mar. No sé de dónde saca esas ideas. Toda la familia es del desierto… mi pueblo, sin ir más lejos… arena por todos lados. Pero no arena del mar, me entiende, arena del desierto y polvo, polvo, polvo. Siempre hay polvo…

**Dania:** Bien. Pero no creo que yo pueda ayudarla, realmente…

**Adila:** ¿No? No se preocupe. Quizás usted me pueda decir entonces con quién debo hablar. Usted sabrá.

**Dania:** Yo no tengo esa información, abuela. Mis defendidas, como ya sabe, están presas. Y es a ellas a las que conozco. No conozco a nadie más…

**Adila:** Pero usted sabe que los viajes al mar se siguen haciendo…

**Dania:** (*Suspira, un poco impaciente*) Eso me han dicho, sí, pero yo no sé quiénes son ni cómo lo hacen.

**Adila:** (*Decepcionada*) Qué pena… ¿Y qué hago con mi nieta?

**Dania:** No sé…

**Adila:** La tendría que conocer. Es una niña muy buena.

**Dania:** Encantada, pero eso no va a cambiar la situación…

**Adila:** Está esperando afuera…

**Dania:** ¿Con este calor?

**Adila:** Hubiera sido mucho atrevimiento entrar las dos, no sabíamos con qué nos podíamos encontrar…

**Dania:** Hágala pasar…

**Adila:** Me encantaría hacer eso, pero, vea usted, me va a tener que ayudar.

**Dania:** ¿Ayudar?

**Adila:** Es que hay un escalón, y yo no creo que pueda sola…

**Dania:** ¿Un escalón…? Abuela, no la entiendo.

*Adila se levanta. Le toma una mano a Dania.*

**Adila:** Venga. Ayúdeme.

*Salen las dos. Vuelven con Farida, de hiyab, en silla de ruedas. Farida padece parálisis cerebral. Sólo puede mover, y con torpeza, una mano y la cabeza. No puede hablar, aunque emite algunos sonidos inarticulados. Dania empuja la silla de ruedas. Las sigue Adila. Dania deja a Farida junto al escritorio.*

**Adila:** Ya está, querida. Ya llegamos.

*Farida mira fijo a Dania. Dania se ve intimidada. Adila sirve agua en el vaso. Le da a beber a Farida, que no deja de mirar a Dania. Adila le da agua a Farida, que toma, Adila le limpia la boca con un pañuelo, le da más agua, y todo el tiempo, Farida mira a Dania. Cuando el vaso está vacío, Dania pone más agua. Adila le quita el hiyab a Farida, y luego se quita el suyo.*

**Dania:** Me tendría que haber dicho al principio que su nieta estaba al sol, en la calle.

**Adila:** No se preocupe. Ella está bien.

**Dania:** ¿Está segura?

**Adila:** Ah, sí. Lo sé. Ella está bien. Y contenta, porque sabe que ahora que la conoce, usted nos va a ayudar.

**Dania:** (*Ríe con cierto cansancio*) ¿Todo eso sabe con sólo mirarla?

**Adila:** Y sí... Son muchos años cuidándola. Son… (*Como sacando la cuenta*) Bueno, todos los años. Eso hacemos las abuelas, ¿verdad? Claro, usted no lo sabrá: no parece tener nietos.

**Dania:** ¿No?

**Adila:** No, pero puedo equivocarme… ¿Tiene nietos?

**Dania:** No.

**Adila:** Ah, ya ve… Si los tuviera, tendría sus fotografías a la vista, y no me parece que… (*Mira a su alrededor. No hay fotografías de ninguna clase. Un poco turbada*) En cualquier caso hay muchas cosas que usted no sabría, con o sin nietos, viviendo de este lado…

**Dania:** No es mucho más fácil de éste, no se crea. Con o sin nietos.

**Adila:** Me lo imagino. Al fin y al cabo somos todas mujeres: para ninguna es fácil en ningún lado.

**Dania:** En fin… Abuela… ¿Cómo está tan segura de que… (*No sabe el nombre*) su nieta…

**Adila:** Farida. Belleza incomparable, en la lengua antigua…

**Dania:** Farida. ¿Cómo está tan segura de que Farida quiere ir al mar?

**Adila:** Ah, lo sé… ¿Vio sus ojos?

**Dania:** Son muy hermosos…

**Adila:** Y hablan. Esos ojos me hablan.

**Dania:** (*Suspira*) Le creo, abuela. Una vez conocí a…

**Adila:** (*La interrumpe*) Oh, no, no conoció nunca a nadie como ella. Si usted hubiera pasado con ella tanto tiempo como yo, lo sabría. Ella no es como nadie que hayamos conocido.

**Dania:** No lo dudo.

**Adila:** Hace bien.

**Dania:** Perdone la pregunta, pero… ¿nació así?

**Adila:** No, no, no. Quedó así cuando los bombardeos…

**Dania:** ¿Cuáles?

**Adila:** Alguno de los bombardeos, ¿usted lleva la cuenta? Yo no. Ya no.

**Dania:** ¿Y antes?

**Adila:** ¿Antes? Ah… Antes estaba mi hijo, Badran, el padre de Farida, que quería ser médico. Mi marido, Haidar, que era el más bueno de los hombres, le había prometido a Badran que iba a ser médico aunque tuviera que vender todas sus camisas, ya ve lo bueno que era. También estaba la mujer de Badran, Naima, y dos hermanos de Farida, Rafiq y Furat, que eran hermosos como el sol. Luego vinieron las bombas y después quedamos sólo Farida y yo. Farida, bueno, quedó sepultada en las ruinas durante dos días. Sólo se le veía la mano, asomando, así, entre los restos del techo y las paredes. Dos días enteros, yo con ella, tomándole la mano. Yo sabía que estaba viva porque me apretaba la mano, entonces yo hablaba, y hablaba, y hablaba porque si me callaba, ella me apretaba la mano… Así que hablaba. Dos días con sus noches. Y al amanecer del tercer día, recién ahí lograron llegar a donde estábamos. Mi vecina Segulah, nunca hubo mejor vecina que ella, me traía agua y comida. Pero yo no comía. No me parecía justo, ¿sabe? Segulah me decía que yo hacía mal, que por qué querría yo aumentar la cuenta de los muertos. Y tenía razón, seguramente, pero yo no podía comer, ya ve, no podía. A algunos la muerte les da hambre, pero a mí me la quita… No comí, ni dormí ni lloré durante dos días y una mañana. Es mucho tiempo, ¿no cree? Pero no podía llorar, porque si lloraba, dejaba de hablar, ¿entiende? Así que le conté a Farida la historia completa de su padre y la bella Naima, y la de sus hermanos, y cuando terminé con esas historias, fui hacia atrás y le conté de Haidar, y de su padre y el mío, y de cómo plantaron los olivos, regándolos a hombro durante años y años… ya ve: eso la mantuvo viva, la historia. La sangre llama a la sangre, aunque sea a través de las palabras torpes de una vieja. Pero aún así, dos días enteros son muchas horas, ¿verdad? ¿Cómo iba a hacer para no callar? ¿De dónde iba a sacar historias para contarle? Y Segulah, ¡tan amiga!, me dijo: “cuéntale la historia de mi marido, Tammam, y el camello loco”. "Cuéntale tú, Segulah", le dije, "que yo ya no puedo hablar". Y Segulah lo hizo: se sentó a mi lado, tomó la mano de Farida y la mía, y contó la historia. Luego otra vecina, Aneesa, se sentó a nuestro lado a contar la historia de la vez que se secó el pozo y fuimos todas descalzas a orar a la mezquita, y otra, Rabab, que dijo “no te olvides del casamiento de Munira, cuando llovieron flores amarillas”, y yo, "cuenta tú, Rabab, que estoy muy cansada"... y así las mujeres del pueblo trajeron sus historias para mantener a mi nieta viva. Porque una nieta viva es lo más importante del universo, ¿verdad? En fin… ellas iban y venían, sin dejar de ocuparse de los heridos y los muertos, propios y ajenos… (*Suspira*) No nos morimos. Pero después Farida ya no corría más, no cantaba más… Tenía siete años… pero estaba viva, gracias a Alá, y aún me aprieta la mano. ¡Y los ojos! ¡Ah, qué ojos! Ya los ve.

*Dania se acerca a Farida y la mira a los ojos. Se aparta un poco, entristecida. Adila se sirve más agua. Bebe.*

**Dania:** Yo lamento tanto no poder ayudarlas… Si viera… Si supiera… Yo… Todo es muy injusto.

**Adila:** Injusto o no, es la voluntad de Alá.

**Dania:** (*Con cierta ironía*) ¿Deberíamos resignarnos?

**Adila:** No, porque también es la voluntad de Alá que luchemos por lo que es justo y bueno en este mundo. Yo lo hago. Usted lo hace, todos, cada cual a su manera, ¿verdad?

**Dania:** No lo sé…

**Adila:** ¿No está usted defendiendo a las israelíes que llevan a las palestinas al mar?

**Dania:** Sí.

**Adila:** ¿Y puede haber algo más justo y bueno que el deseo de conocer el mar?

**Dania:** (*Sonríe, divertida*) No. No lo hay. Tiene razón.

**Adila:** Ya lo ve. Mi nieta quiere conocer el mar.

*Cambio de luces. Es como un sueño. Se escuchan olas. Farida se levanta, se mueve. Dania la observa.*

**Farida:** Mi madre me contó que al nacer yo era verde y plateada como un pez. Me lo contó muchas veces, de hecho. Sí: en todos mis cumpleaños lo contaba para toda la familia. En el dormitorio, mi madre, la comadrona, mi abuela y algunas tías. Afuera, esperando bajo la higuera centenaria, mi padre, mi abuelo y mis hermanos, nerviosos, sin saber qué hacer. Pero, dentro, las mujeres estaban de fiesta porque aquel era un momento feliz. Mi parto, me contaron, fue fácil, sereno y alegre. Fue como si me hubiera deslizado fuera de mi madre… Como un pez… (Ríe) Una especie de consuelo para lo que vendría después, ¿verdad? Pero yo me enojaba, no quería parecer un pez, por más verde y plateado que fuera: ninguna chica quiere parecerse a un pez ni quiere haberse parecido jamás a un pez… Demoré años en darme cuenta de que en los pensamientos de mi madre, nada podía ser más hermoso que un pez. Así que hoy, ¡ah!, ¡cómo me gustaría ser un pez! Debe ser magnífico ser un pez en medio de toda esa agua, nadando con los otros peces, escondiéndome entre las algas largas y flotantes como cabelleras de novia... Siempre he querido conocer el mar. Siempre. Si hasta me parece que conozco el olor… El olor del mar, que no se parece en nada al olor del pueblo, del desierto, del monte de olivos… El olor del mar es el olor de las cosas viejas que se resisten a morir a pesar de todo. Y el sonido del mar… El sonido del mar es un sonido para siempre. Y esto lo sé, porque una vez, antes de que la casa me aplastara, me regalaron un caracol.

*Las luces vuelven al estado anterior. Dania se ve turbada.*

**Dania:** Es verdad, sus ojos hablan. Y además usted es una tramposa.

**Adila:** (*Risueña*) ¿Tramposa, yo? Qué tontería… (*Con cierta tierna ansiedad*) Entonces, ¿nos va ayudar?

**Dania:** Es que no puedo. No podría aunque quisiera... Lo cierto es que me tienen vigilada…

**Adila:** ¡Oh! ¿Quiénes?

**Dania:** Todos, supongo. De ninguno de los dos lados se ven bien estas… colaboraciones… Mis defendidas enfrentan cargos de alta traición, si bien aún no se han establecido las acusaciones…

**Adila:** Oh… Pero… ¿cómo fue todo?

**Dania:** Fue muy simple en realidad, no hubo un… un… “complot”. (*Suspira*) Nada de eso. Una muchacha palestina le dijo a una judía lo mucho que le gustaría conocer el mar, cosa que no podía hacer porque, en el lugar donde se encontraban, no tenían acceso al mar ni permiso para llegar a él. Así que esta mujer la pasó de contrabando junto con un par de amigas de la muchacha. Las subió a un auto, les sacó el pañuelo, y pasaron por el puesto de control sin que nadie les preguntara la procedencia. Claro, mujeres sin pañuelo no podían ser otra cosa que israelíes, lo cual demuestra el absurdo del que estamos presos, ¿no le parece? La cuestión es que luego de esa primera incursión, otras israelíes empezaron a hacer lo mismo hasta que en los puestos de control se dieron cuenta de lo que pasaba y metieron presas a todas las israelíes que pudieron encontrar.

**Adila:** Sí, lo sabía… No sé qué esperan de nosotras, ¿que no nos ayudemos? (*Suspira*) En fin… Qué pena… Cuando la vi pensé que… yo pensé que era usted la persona que nos iba a ayudar, me dije: ella es.

**Dania:** No… lo siento mucho, realmente… ¡lo siento tanto!

**Adila:** (*Resignada*) No se preocupe… ¿Qué es esto? Nada. Esto no es nada. Ir al mar… ¿Para qué quiero ir al mar yo? Pero me apena por Farida. Estaba muy ilusionada.

**Dania:** ¿Y ahora qué van a hacer?

**Adila:** Volver al pueblo y esperar otra ocasión. O seguir preguntando…

**Dania:** Es muy difícil… Los puestos de control se pusieron muy estrictos… Ya no es tan fácil… No es que lo fuera antes, realmente, pero ahora es imposible… Todavía estoy preguntándome cómo llegaron hasta acá…

**Adila:** Ah, ¿quién va a desconfiar de una vieja y su nieta en silla de ruedas? No tuvimos mayores problemas. Hablando, hablando, hablando. Así llegamos.

**Dania:** Pero… ¿cómo? ¿En qué?

**Adila:** Ah, hay autobuses, y autos y gente con ganas de ayudar… No fue difícil, no se preocupe.

**Dania:** Me preocupa la vuelta, porque van a volver, ¿verdad? Ya es tarde. ¿Qué van a hacer? No deberían andar solas por ahí…

**Adila:** Las mujeres no vamos solas si viajamos juntas… Ya veremos.

*Suena una explosión muy fuerte, las luces parpadean. Dania grita y se tira al piso. Adila mira hacia todos lados, asustada. Va junto a Farida y la abraza. Farida se ve ansiosa. Música. Se escuchan sirenas, gritos, las luces parpadean. De a poco la calma vuelve, las sirenas se alejan. Dania se pone en pie, se dirige a la puerta. A partir de aquí, la guerra será un personaje más, desde los sonidos que llegan del afuera.*

**Adila:** ¿Adónde va?

**Dania:** A ver qué pasó… Esa explosión no fue muy lejos…

**Adila:** ¡No salga! Espere un poco, no tiente a la suerte.

**Dania:** Pueden necesitar ayuda…

**Adila:** ¡Pero no nos deje solas! Espere un poco, por favor…

*Se escucha una nueva explosión. Las luces parpadean. Adila, completamente asustada, mira al cielo en actitud de súplica. Farida está asustada. Dania, luego del susto inicial, sale de escena corriendo hacia la calle. Adila se levanta, va donde Farida y la consuela.*

**Adila:** Ya pasó, ya pasó…

*Se escuchan sirenas. Adila se dirige a la salida, intentando ver hacia afuera. Farida se queja. Adila se apresura junto a Farida y se sienta junto a ella. Le toma la mano.*

**Adila:** Ya, ya…

*Farida no se calma. Parecería querer decir algo.*

**Adila:** (*Muy nerviosa*) Había una vez… había una vez… (*Angustiada*) ¡No se me ocurre nada!

*Adila vuelve a levantarse, se dirige a la salida. Farida se queja.*

**Adila:** ¡Farida! No va a pasar nada, ya vas a ver. (*Vuelve junto a ella*) Había una vez… Siempre había una vez. Siempre. Así que eso no nos falta, ¿verdad? Había una vez… ¿Qué nos falta? Un príncipe, una princesa. Había una vez un príncipe y una princesa que vivían en un palacio enorme. No era un palacio cualquiera, no: éste estaba bajo el mar, y por las ventanas, juntos, de la mano, veían pasar peces verdes y azules y blancos…

*Entra Dania. Viene cubierta de polvo y muy angustiada. No sabe qué hacer, camina. Adila la mira.*

**Adila:** ¿Está bien?

**Dania:** Sí, yo sí… Estoy bien.

**Adila:** ¿Qué pasó?

*Dania duda, no sabe qué contestar, o no sabe el alcance de la pregunta de Adila.*

**Dania:** Un coche bomba, cerca de aquí, pero no pude llegar lejos: hay mucho polvo, no se ve nada... la gente corre de un lado a otro… quise preguntar, pero están todos muy asustados…

*Adila está muy impresionada. Se lleva las manos a la cara. Dania va hasta el escritorio, toma su teléfono. Lo mira. Marca un número. Espera. Nadie contesta. Marca de nuevo.*

**Dania:** (*Con frustración*) No hay señal…

**Adila:** ¿Y piensa que… habrán muerto muchos…?

**Dania:** Supongo que sí… yo… no sé si… (*Está muy angustiada. No puede hablar. Insiste en el teléfono*)

**Adila:** En estas tierras la muerte no se conforma con una sola víctima… Qué desgracia…

*Adila se tapa la cara con las manos, angustiada. Totalmente desconcertada, Dania la observa. Deja el teléfono. Se sienta, agobiada, mira a Adila con recelo. Adila hace gestos al cielo, rezando en silencio. Dania se para. Está muy nerviosa.*

**Dania:** ¿Qué hace?

*Adila le hace un gesto, pidiendo silencio. Dania, nerviosa, se mueve de un lado a otro. Se escuchan fuera sirenas, corridas, motores, helicópteros. Dania va hacia la puerta, mira hacia afuera, vuelve, no sabe qué hacer, mira el teléfono.*

**Adila:** ¡Oh, Alá! Perdona a nuestros vivos y a nuestros muertos, a los presentes y a los ausentes, a nuestros jóvenes y ancianos, a nuestros hombres y mujeres. ¡Oh, Alá! A quien mantengas vivo, mantenlo dentro del Islam, y a quien le designes la muerte, que muera en la fe. ¡Oh, Alá! Perdónalo y ten piedad de él, mantenlo sano y salvo y ten piedad de él, honra el lugar en el que se establezca y haz que su entrada sea vasta; purifícalo con agua, nieve y granizo y límpialo del pecado, así como a una prenda se le quita su suciedad. ¡Oh, Alá! Dale una casa mejor que su casa, y una familia mejor que su familia. ¡Oh, Alá! Admítelo en el Paraíso y protégelo del tormento de la tumba y el fuego del Infierno; haz que su tumba sea espaciosa y llena de luz. ¡Oh, Alá! No nos prives de la recompensa y no dejes que nos extraviemos después de esto.

**Dania:** ¿Qué hace?

**Adila:** Rezo.

**Dania:** (*Molesta*) ¿Por qué reza?

*Adila la mira como si no entendiera. Dania toma el teléfono y marca. No consigue señal. Deja el teléfono con fastidio.*

**Adila:** ¿Y qué otra cosa puedo hacer?

**Dania:** (*A punto de perder la paciencia*) ¿Por qué reza?

**Adila:** ¿Cómo no voy a rezar? ¿No me acaba de decir que murió gente?

**Dania:** Sí, murió gente. Todos israelíes, por lo que parece…

**Adila:** Todos somos hijos de Alá. Rezo por ellos. Por sus madres. Por la paz en las almas de todos, vivos y muertos…

*Adila mira a Dania con recelo, asaltada por una idea.*

**Adila:** (*Sobresaltada*) ¡Ah! ¿Usted piensa que nosotras tuvimos algo que ver?

**Dania:** (*Angustiada*)Es que usted misma dijo hace un rato que quién iba a desconfiar de una vieja y su nieta en silla de ruedas. Usted lo dijo, lo dijo…

**Adila:** Sí, lo dije.

**Dania:** Y momentos antes de las bombas ustedes llegan y… ¡escuche lo que ocurre afuera!

**Adila:** (*Incorporándose, indignada*) No diga más. Yo sería incapaz de hacer algo así... (*Se angustia*) Estoy muy vieja y además nosotras perdimos a toda nuestra familia por culpa de las bombas. No le deseo a nadie que pase por lo que nosotraspasamos. A nadie. Jamás. ¿Cómo se le ocurre? Nos vamos, Farida. No nos quieren aquí.

*Adila se dirige a Farida y se dispone a mover la silla, pero Farida grita, no se quiere ir. Dania se pone muy nerviosa.*

**Dania:** ¡No salga ahora!

**Adila:** ¡Basta, Farida! (*A Dania, con dureza*) ¿Por qué no? Ya quedó claro lo que piensa de nosotras. Y es una pena porque no es verdad. Pero la entiendo. Tal vez alguno de los míos acaba de asesinar a varios de los suyos, y usted desconfía. La entiendo y, sobre todo, no tengo derecho a interponerme en su rabia, mucho menos en su dolor. Pero piense que es posible también que alguno de los suyos matara a algunos de los míos. Todo puede ser. Nos vamos. Es lo mejor.

*Farida gime, asustada.*

**Dania:** ¡No lo haga! Espere un poco al menos. Usted, tan lejos de su casa a pesar de la prohibición… las van a llevar a la cárcel a las dos. No puede salir ahora.

**Adila:** (*Angustiada, pero severa*) ¡Farida! ¡Es suficiente!

*Farida, amedrentada, se calla. Suena el teléfono. Dania se precipita sobre él.*

**Dania:** ¿Hola? ¿Hola?

*Nadie contesta. Dania deja el teléfono. Se escuchan ráfagas de disparos fuera. Metralletas, gritos, botas de soldados marchando. Dania y Adila se quedan mirando hacia afuera, asustadas. Adila, superada por la situación, se dirige al sillón y se sienta, completamente desalentada. Dania la observa.*

**Dania:** Es lo mejor. Tendrán que pasar la noche aquí.

**Adila:** (*Va a protestar*) Pero…

**Dania:** (*La corta*) Pero nada. No lo vamos a discutir.

**Adila:** Pero usted no nos quiere aquí.

**Dania:** No diga eso. Las cosas son como son: no se puede salir. Es muy peligroso. ¡Hay disparos! Quien sea que hizo esto, aún anda por ahí. Si no se queda por usted misma, hágalo por su nieta.

**Adila:** Claro que lo haré por mi nieta… y por mí, y por usted…

**Dania:** ¿Por mí?

**Adila:** Es lo apropiado. Usted, que nos ofrece refugio sin que lo pidamos, nos pide un favor…

**Dania:** Visto así…

**Adila:** Es la verdad…Pero le vuelvo a decir: nosotras no tuvimos nada que ver.

**Dania:** Ya lo sé, ya lo sé… es que...

*Dania se pasea, inquieta.*

**Adila:** Cálmese… ¿Qué piensa?

**Dania:** ¿Qué le puedo decir? ¿Que ya cansa toda una vida con la muerte arañando la puerta? Usted lo debe saber mejor que yo...

**Adila:** (*Sonriendo con tristeza*) Tal vez. Pero cálmese...

**Dania:** No, sí… es que… ¿qué vamos a hacer?

**Adila:** ¿Cómo “qué vamos a hacer”?

**Dania:** Nosotras aquí, con lo que sucede afuera… ¿y si hay más bombas?

**Adila:** Bueno… si las hay, no han explotado aún…

**Dania:** ¿Entonces?

**Adila:** Entonces, mientras no exploten más bombas, nosotras vivimos. Y si explotan, ya veremos…

**Dania:** (*Desconcertada*) ¿Vivimos?

**Adila:** Vivimos. Nos sentamos. Comemos. Hablamos. Contamos historias. Y rezamos por los muertos y por los vivos.

**Dania:** Yo no rezo... Hace años que no rezo.

**Adila:** Claro que sí. Todos rezamos. Rezar es, la mayoría de las veces, nada más que expresar un deseo muy grande del corazón. Un deseo que una lanza al aire, con la confianza de que llegue a oídos de Alá. Y si no se cree en Alá, no importa, igual lo suelta, porque, crea en él o no, Alá escucha todo. Todos rezamos y a Alá no le importa de dónde vengan los deseos, si son justos.

**Dania:** Es muy lindo eso que dice, Adila, pero tengo mis dudas...

**Adila:** Y yo le digo que Alá puede ver a través de sus dudas...

**Dania:** (*Triste*) ¿Usted cree?

**Adila:** Creo. Por favor: ¿no va a rezar por los muertos? ¿No debería rezar el kaddish?

**Dania:** (*Un poco a la defensiva*) ¿Kaddish? No se puede. Se necesitan diez hombres.

**Adila:** (Desconcertada) Ah… (*Digna*) Pongo a su disposición a todos los hombres de mi familia, que siempre están con nosotras, al igual que nuestras mujeres. Somos muchos más que diez.

*Dania se la queda mirando.*

**Dania:** Usted es de lo más desconcertante que me ha ocurrido en la vida.

**Adila:** Porque no conoció a Segulah...

**Dania:** ¿Su vecina?

**Adila:** La misma. Nunca hubo mejor vecina que ella. Y era el ser humano más desconcertante.

**Dania:** ¿Por qué?

**Adila:** Porque siempre sabía qué hacer. ¿No es desconcertante eso? Por ejemplo, ahora, lo que diría es: somos mujeres solas, sufriendo por los muertos, por la violencia que nos rodea… ¿quién rezará? Nosotras. Y sanseacabó.

**Dania:** (*Ríe*) ¿Sabe qué? Tiene razón.

**Adila:** Me imagino que sabrá el kaddish.

**Dania:** Preferiría no saberlo, pero he estado en demasiados entierros como para no saberlo a esta altura. Venga.

*Dania toma las manos de Adila, que baja la cara, con respeto. Farida baja la cabeza también. Cuando los “Amén”, Farida hace el esfuerzo de decirlo. Mientras rezan el Kaddish, suenan desde afuera sirenas, disparos, autos, camiones. Es la guerra, rodeando el lugar. Ellas no abandonan el rezo, pero están cada vez más juntas, asustadas, mientras la oración se hace cada vez más fuerte y acuciante.*

**Dania:** “Que sea su gran nombre acrecentado y santificado en el mundo que Él creó con su voluntad. Y sea su reinado establecido en vuestras vidas y en vuestros días y en las vidas de toda la Casa de Israel, pronto, en un tiempo cercano, y digan Amén.”

**Adila:** Amén.

**Dania:** “Que sea su gran nombre santificado para siempre y para la eternidad. Que sea bendecido, alabado, embellecido, elevado, que se glorifique, que suba, y sea elogiado el nombre del santo bendito, Él, más allá de todas las bendiciones y cánticos, alabanzas y consuelos que se dicen en el mundo y digan Amén.”

**Adila:** Amén.

**Dania:** “Que haya una gran paz del cielo, y vida sobre nosotros y sobre todo Israel y digan Amén.”

**Adila:** Amén.

**Dania:** “Él, que hace la paz en sus alturas, Él hará la paz sobre nosotros y sobre todo Israel, y digan Amén.”

**Adila:** Amén.

*Silencio.*

**Adila:** ¿Se siente mejor?

**Dania:** ¿Sabe qué? Sí.

**Adila:** ¿Vio? Es bueno rezar.

**Dania:** Y además parece que todo se calmara afuera…

**Adila:** Así lo quiera Alá.

**Dania:** Amén.

*Dania va hacia un costado y mira hacia afuera.*

**Dania:** Cae el sol…

**Adila:** Cae el sol y es viernes… Sin duda los que pusieron esas bombas sabían lo que hacían…

**Dania:** ¿Le parece?

**Adila:** El odio siempre sabe lo que hace.

**Dania:** (*Apenadísima*) Oh… cuánta razón tiene, Adila…

**Adila:** Pero sólo sabe lo que él sabe, y es por eso que al final nunca llega demasiado lejos…

**Dania:** Ay, abuela… Cae el sol… Yo debería estar en mi casa…

**Adila:** ¿Para celebrar el Sabbat?

**Dania:** Bueno… no exactamente. Los viernes nos reunimos con amigos en la casa de alguno de nosotros. Y no celebramos el Sabbat, esa es la verdad, pero lo cierto es que sí, de alguna manera lo celebramos.

**Adila:** ¡Ah! ¿Lo ve?

**Dania:** (*Risueña*) ¡Calle, calle! ¡No diga más, que pone en peligro todas mis teorías!

*Ríen las dos. Suena el teléfono. Dania atiende, nadie contesta.*

**Dania:** ¡No entiendo por qué sigue sonando! ¡No hay señal! No hay… Quisiera avisarle a mis amigos que estoy bien pero que no cuenten conmigo hoy, pero… No es posible… En fin… Espero que nadie se asuste demasiado… (Suspira, resignada) ¿Cómo fue que dijo antes? (Piensa) Ah, sí: las bombas caen, nosotras vivimos. Nos sentamos, comemos… Pensemos en comer. Tengo la comida que había comprado para la cena. Pan, queso, vino…

**Adila:** Y yo unas frutas.

*Adila va hasta la silla de ruedas, mete la mano en el bolso y saca unas manzanas y unas naranjas. Dania sonríe.*

**Dania:** Tenemos todo un festín.

*Las dos se ríen. Farida también.*

**Adila:** Es más que suficiente.

**Dania:** ¿Le parece, Adila? (Recuerda algo) ¡Ah! También tengo unos dátiles.

**Adila:** (*Aplaude, feliz*) ¿Ve? Un festín. A Farida le encantan los dátiles… Los dátiles son casi una obligación los jueves, pero hoy no nos importan mucho las reglas, ¿verdad, Farida?

**Dania:** ¿Dátiles los jueves?

**Adila:** Los jueves de noche, junto al fuego, comemos dátiles, contamos la historia de Mushkil Gusha y otras historias y estamos juntas, con los vecinos que quieran sumarse… Ya ve, no somos diferentes. Nosotras los jueves, usted los viernes… Es lo mismo… Jueves, viernes, cualquier día sirve si se trata de estar juntos.

*Dania va donde Farida.*

**Dania:** ¿Te gustan los dátiles?

*Farida mueve la mano. Dania se la toma.*

**Dania:** ¿Te gustan los dátiles?

*Luces. Dania mira a Farida, ésta le sonríe.*

**Dania:** Te conozco, Farida, ¿verdad?

*Farida, con la mano que tiene libre, recorre el contorno de la cara de Dania, como si le acomodara el cabello.*

**Farida:** ¿Sí?

**Dania:** Sí... creo que sí... No tendrías esta cara ni este cuerpo, pero creo que sí...

**Farida:** Entonces sabrás que los dátiles, como las aceitunas y las nueces, son madres y padres de todas las historias.

**Dania:** Y la piel de una naranja a la sombra de los olivos.

**Farida:** Y más: el viento entre esos olivos, donde tú, y yo, y todas, alguna vez pelamos una naranja...

**Dania:** Sí...

**Farida:** Entonces esa soy, esas somos, ¿no es cierto?

**Dania:** Sí. Es bueno verte, Farida…

**Farida:** Sí, porque es justo y es bueno. Y porque… tal vez tres personas sean suficientes para salvar a toda la humanidad…

*Luces*.

**Adila:** Hay que lavarse las manos.

**Dania:** Sí… el baño es por ahí…

**Adila:** (*Como ofendida*) ¡No!

**Dania:** ¿No?

**Adila:** ¿No tiene una vasija, un balde?

**Dania:** ¿Una vasija…? Tengo un... un cuenco… es bastante grande…

**Adila:** El cuenco con agua estará bien… No podemos ir las tres al baño, pero sí podemos lavarnos las manos aquí.

*Dania asiente y sale.*

**Adila:** (*A Farida*) Es el Sabbat. Es lo que celebran ellos el viernes, Farida, ya lo sabes. Y como nosotras estamos con ella, y ella está tan sola, nos toca celebrar Sabbat. ¿Estás de acuerdo?

*Farida asiente. Adila va donde Farida y le acomoda el pañuelo. Le repasa la ropa. Luego sacude un poco la suya para ponerse presentable. Vuelve Dania. Trae un bol grande y una toalla. Mira la escena. Deja el agua en la mesa. Luces. Dania está sola de toda soledad.*

**Dania:** La noche cae, el sol se ha ido… La luna brilla su brillo de plata y así pasan las horas más preciosas de la vida… así pasan, como bailando… Muy pronto el colorido escenario se oscurece y cae el telón…. El espectáculo ha terminado y el dolor de los amigos, hecho lágrimas, cae sobre mi tumba… Tal vez pronto- un oscuro presentimiento me acecha, como el viento- tal vez pronto la peregrinación habrá concluido y podré volar, finalmente, a un reino de paz…

*Suena el teléfono. Dania se precipita sobre él.*

**Dania:** ¿Hola? ¿Hola?

*Dania deja el teléfono, con frustración. Luces.*

**Adila:** El agua. Venga, venga.

*Dania le alcanza el agua a Adila. Adila toma el bol.*

**Adila:** Venga.

*Se dirigen donde Farida. Adila pone el bol en la falda de Farida. Dania está muy desconcertada.*

**Adila:** Venga. Usted le lava las manos a Farida. Y luego nos lavamos entre nosotras.

**Dania:** ¿Cómo dice?

**Adila:** Que nos lavamos las manos unas a otras.

**Dania:** Pero…

**Adila:** Bueno, ¿le incomoda? Al menos déjeme que se las lave yo a usted… es lo menos que puedo hacer...

**Dania:** ¿Por qué haríamos eso?

**Adila:** Querida… porque afuera hay bombas y muerte y al menos hoy, nosotras somos lo único que tenemos… ¿se lo tengo que explicar? (*Irónica, en broma*) Es abogada, se supone que sea inteligente, Dania…

**Dania:** (*Avergonzada*) Oh, Adila… disculpe… soy tan torpe a veces… (*Se ríe*) No sé si soy muy inteligente…

**Adila:** Calle, calle…

*Dania se arrodilla junto a Farida y le lava las manos en el bol y se las seca con la toalla. Luego Adila toma las manos de Dania y se las lava. Dania le lava las manos a Adila y después se las secan una a la otra. Adila limpia la cara de Dania con la toalla, y luego se la toma y la mira de distintos ángulos, como viendo si está limpia. Adila toca la cara de Dania con ternura, sonriendo. Dania no sabe qué hacer con esa demostración de afecto.*

**Dania:** ¿Comemos?

**Adila:** Comemos. Pero…

**Dania:** ¿Pero?

**Adila:** ¿No dirá una oración por el Sabbat?

*Dania la mira.*

**Dania:** Eh… bueno… la verdad…

**Adila:** El Sabbat. Es importante agradecer.

**Dania:** No soy muy religiosa, Adila… Nada religiosa, de hecho y… ¡ya me hizo rezar el kaddish! No sé qué pretende…

**Adila:** (*La corta*) Shhhhh… Alá es Alá. Dios es Dios. Hay que agradecer. Siempre. Si no es a Dios, a quien sea. A nosotras mismas. Vea: tenemos queso, dátiles, vino, frutas… Lo importante es agradecer. Estamos aquí. ¿Otra vez le tengo que explicar?

**Dania:** (*Se ríe, vencida*) ¿No ve que soy una torpe? (*Se ríe*) Bien. Tendremos Sabbat. Creo que tengo algunas velas...

*Dania se dirige al escritorio y abre cajones. Saca una vela blanca.*

**Dania:** Hay sólo una. Pero está bien. Será con una sola vela.

*Adila lleva la silla de ruedas junto a la mesa. Dania pone la vela en un plato. Adila y Farida observan con cierta expectación.*

**Dania:** Hace mucho que no hago esto... De hecho, creo que nunca lo hice. Siempre lo hacían otros. Mi abuela, mi madre, mi padre...

**Adila:** No la vamos a juzgar, se imaginará...

**Dania:** No claro, pero es que estoy tratando de recordar...

*Dania enciende la vela con un encendedor. Contempla la llama. Da tres vueltas con las manos sobre la vela, y se lleva las manos a los ojos.*

**Dania:** Bendito eres tú, Hashem, Dios nuestro, rey del universo, que nos ha santificado con sus preceptos y nos ha ordenado...

*Dania se emociona. No puede continuar.*

**Adila:** ¿Está bien?

**Dania:** Sí, es que… recordé a mi madre haciendo esto, y… me emocioné…

**Adila:** ¿Su madre?

**Dania:** Mi madre.

**Adila:** ¿Vive?

**Dania:** No…

**Adila:** Vive en usted, que la recuerda.

*Dania está conmovida. Recomienza el rezo desde el principio, con los giros de las manos sobre la vela, para luego taparse los ojos.*

**Dania:** Bendito eres tú, Hashem, Dios nuestro, rey del universo, que nos ha santificado con sus preceptos y nos ha ordenado el encendido de las velas del Sabbat.

*Dania se descubre los ojos y sonríe. Contempla la vela.*

**Dania:** La luz del mundo…

**Adila:** ¿Eso es todo?

**Dania:** Bueno… Mi madre además agregaba una oración…

**Adila:** ¿Cómo decía?

**Dania:** Decía: “Sea Tu voluntad, Señor mi Dios y Dios de mis padres, que tengas bondad conmigo y con toda mi familia; recuérdanos para el bien y la bendición; concédenos a nosotros y a todo el Pueblo de Israel una buena y larga vida; considéranos para la salvación y la compasión; bendícenos con grandes bendiciones; haz nuestro hogar completo, coronándolo con la sensación de tu Divina Presencia habitando entre nosotros. Amén.”

**Adila:** Amén. ¡Qué hermoso!

**Dania:** Y ahora es cuando deberíamos lavarnos las manos, pero ya nos las lavamos, así que se puede comer.

*La cena. Dania se pone a cortar el pan, el queso, abre la botella de vino. Adila la ayuda en lo que puede, pela las frutas. Son dos mujeres preparando la cena. De cuando en cuando, Adila separa algo y se lo da a Farida en la boca. También le da a Dania, que la primera vez se impresiona un poco, pero sigue adelante. Todo es de una gran ternura. Ocasionalmente se escuchan ruidos amenazantes de afuera, ellas levantan la cabeza, pero no dejan de hacer lo que están haciendo.*

**Adila:** ¿Era muy religiosa su madre?

**Dania:** Oh, sí. Mucho… pero sospecho que vivía la religión un poco como usted…

**Adila:** ¿Por qué lo dice?

**Dania:** Porque no la veo a usted postrada haciendo sus oraciones. No crea que no sé que ya debería haber hecho varias…

**Adila:** (*Un poco como descubierta en falta*) Las hago, pero en mi corazón. Las hago todas, y más. Pero estoy muy vieja y cansada para arrodillarme todas esas veces. Pero no dude que lo haría si no me fallaran las fuerzas. Alá me entenderá.

**Dania:** Bueno, mi madre era así mismo. Tenía a Dios en el corazón todo el tiempo. Siempre agradecía. Y hasta era muy severa con algunas cosas… pero… era una mujer muy libre en realidad…

**Adila:** ¿Murió hace mucho?

**Dania:** Unos años.

**Adila:** Qué pena… ¿Y era muy severa, dice?

**Dania:** Uy, sí… (*Se ríe*) Y era muy peleadora.

**Adila:** ¿Ah, sí?

**Dania:** Muchísimo. Se anotaba en todas las luchas si las consideraba justas. (*Se ríe*) Acompañó a las mujeres que leen la Torá en el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén. Y estuvo con el grupo de abuelas que recorre los puestos de control, ayudando a palestinos y denunciando a los soldados israelíes que se porten mal… Pobres… los soldados les decían de todo… Pero ellas seguían… Y también ayudó a la formación del Círculo de Padres y el Foro de Familias… Toda una guerrera, ¿eh?

**Adila:** (*Admirada*) Tal parece… ¿Y su padre qué opinaba?

**Dania:** ¿Mi padre? (*Se ríe*) Mire: mi padre estaba en el hospital muriéndose y le recriminaba a mi madre que estuviera ahí con él, en vez de andar por los caminos con las otras abuelas, o ayudando a las rabinas y a las Mujeres del Muro...

**Adila:** Oh… eran tal para cual, entonces…

**Dania:** Sí. Y aunque papá era más tranquilo, estaba orgulloso de mi madre y ayudaba en lo que podía. La primera vez que las mujeres lograron llegar con la Torá al Muro, él era uno de los hombres que las rodeaban para protegerlas y fue de los que recibieron los golpes, los escupitajos y los insultos…

**Adila:** Sería el mejor de los hombres, como mi Haidar…

**Dania:** No sé si era el mejor de los hombres, pero era muy bueno. Extraño a mis padres.

**Adila:** ¿Y su madre qué hizo cuando su padre le dijo eso? ¿Salió a los caminos?

**Dania:** No. Se quedó con él. No porque debiera quedarse, sino porque quería quedarse. Pero al día siguiente del entierro, ya andaba de nuevo haciendo todo lo que hacía. Fue muy criticada, se imaginará…

**Adila:** Ni me lo diga. Pero una mujer siempre tiene que hacer lo que tiene que hacer. ¿Y no tiene más familia?

**Dania:** Tengo un hermano, dos sobrinas y una cuñada…

**Adila:** Ah, qué bien…

**Dania:** (*Suspira*) Pero no los veo mucho. Mi hermano dejó de hablarme cuando deserté del ejército…

**Adila:** Oh… ¿Fue soldado, Dania?

**Dania:** (*Con una sonrisa triste*) Sí, fui…

**Adila:** ¿Y por qué desertó?

**Dania:** Por una niña.

**Adila:** ¿Una niña?

**Dania:** Una niña palestina…

*Luces. Dania se desplaza por el escenario, recordando la escena que relata. Música. Dania termina situada en la zona de escombros, caminando sobre los escombros. Tal vez Adila camina con ella, llevando a Farida. Viento.*

**Dania:** Yo la vi de lejos, y de lejos adiviné que era una niña. No tendría más de doce o trece años. Se veía que era una niña, era clarísimo. Cuando llegó a las luces de la cerca nos dimos cuenta de que traía un cuchillo en la mano. Un cuchillo. No una cuchilla de carnicero, algo demasiado grande, una cosa, no sé, atemorizante... no: era un cuchillo de cocina, un cubierto. Mi compañero le dio la voz de alto, pero la niña, impelida por alguna clase de fuerza que no era de este mundo, siguió adelante. Recuerdo su cara, llena de determinación y comprendí: venía a matarnos. ¡Pero era una niña con un cuchillo de cocina! Por favor, ella tenía la determinación, claro que sí, pero... era una niña con un cuchillo de cocina. Pobrecita. Mi compañero gritó de nuevo y entonces la niña se detuvo. Parecía aferrada al cuchillo, aferrada al cuchillo como si de una verdad se tratara... Y era hermosa... Mi compañero le ordenó, desde lo alto de la cerca, que tirara el cuchillo. Pero la niña había quedado como hipnotizada, como un animal en la carretera, encandilado por las luces del auto que irremediablemente lo pasará por encima. Se quedó allí parada, agarrada del cuchillo, sin saber qué hacer. De pronto su determinación ya no era tal. Mi compañero gritó una vez más, pero ella... nada. Mi compañero abrió el fuego, y también otro compañero un poco más allá, antes de que yo pudiera hacer nada. "¿Qué estás haciendo?", grité. "Puede traer una bomba", "¡Es una niña! ¡Con un cuchillo de cocina!"... Ella cayó al piso tan silenciosamente como había llegado. Yo corrí hacia ella. "¡Cuidado!", gritaban todos, "¡Puede tener una bomba!". "Es una niña, no me importa si trae una bomba", pensaba yo y corría. Llegué a ella, estaba viva. "¡Ambulancia!", grité. "Primero hay que ver si no trae una bomba, o si no hay una bomba en los alrededores", fue la respuesta que obtuve. Dos horas estuvo desangrándose mientras los demás descartaban todos los peligros, yo a su lado, improvisando vendas con su ropa y la mía para frenar la sangre… dos horas, y recién entonces llamaron a la ambulancia...

*Farida llora en silencio. Adila está horrorizada.*

**Adila:** ¿Sobrevivió?

**Dania:** Sobrevivió. La fui a visitar al hospital. En aquel entonces no supe bien por qué, pero la fui a visitar al hospital. Era el día de mi franco. La fui a visitar. Yo me sentía mal, tenía sentimientos encontrados... No entendía... Pero fui. Ella estaba acostada, dormida. Me senté a su lado. Rato después abrió los ojos y me miró. Me reconoció... Me dijo: "qué suerte que no los maté a todos", y yo le pregunté por qué, por qué aquello podía ser una suerte para ella. Y ella, con... no sé con qué, con la inocencia de sus jóvenes años me dijo: "si te hubiera matado, no habrías venido a visitarme". Pasé el resto de la tarde con ella. Luego volví al cuartel y deserté. Renuncié. La niña estuvo retenida varios meses, por intento de atentado. Yo estuve presa por desertora y luego me matriculé en la universidad y me hice abogada y luego vine a Ramallah. Fue hace muchos años…

**Adila:** Oh… qué historia…

**Dania:** ¿Qué parte?

**Adila:** No sé. Todo.

**Dania:** ¿Qué se puede decir que no hayamos dicho? Esta guerra ya dura demasiado tiempo. Ya no tiene un principio y tal vez no tenga un final…

**Adila:** Todo tiene un final…

**Dania:** Ojalá. Pero ya estamos tan perdidos en la madeja de las recriminaciones mutuas y las culpas que, sin duda, la salida no es dispararle a una niña armada con un cuchillo de cocina, parada en el medio de la nada, sola. Fue un instante, aquella noche. Un instante en el que me di cuenta de lo inútil que era todo lo que había hecho hasta ese momento. No sé… será que he tenido que dejar tantas cosas atrás que, bueno… una más… Pero me sentí totalmente fuera de lugar. Yo no quería que nadie muriera, ni de un lado ni del otro... No quería que muriera nadie más... No quiero. No quiero más muerte…

*Luces*.

**Farida:** Y, sin embargo, la muerte no es como la cuentan. No es un esqueleto vestido de negro con las cuencas vacías y una guadaña, como en los dibujos de las revistas; no tiene una sonrisa maléfica y no se siente orgullosa de su trabajo. No quiere nada para sí, nada reclama ni tiene sed de sí misma. Lo cierto es que cumple con su función con cierta resignación, sin pensar en el cansancio de que la confundan con el odio, la guerra, el hambre... Yo lo sé… Recuerdo la explosión. Recuerdo la sorpresa y recuerdo el primer trozo de techo que me golpeó pero, de pronto, yo estaba parada en el borde mismo del monte de olivos de mi familia, justo en ese lugar desde el que se ve todo el camino, así que la vi llegar… Todo parecía un sueño extraño, uno de esos sueños que parecen a punto de convertirse en pesadilla, pero yo sabía que la pesadilla ocurría allá, en mi casa, bajo los escombros, no en ese lugar en el que de pronto me encontraba. (*Se encoge de hombros*) Así que ahí estaba yo, a la sombra de un olivo, esperando que aquella mancha pequeña que se veía a lo lejos, viniera por mí. Llegó. Era una mujer. No era particularmente hermosa, no era misteriosa, no era… no era nada especial, era como cualquiera de nuestras vecinas, pero me miró a los ojos y me dijo “¿Vamos?”, y yo lo supe todo. Tendió la mano. Yo se la tomé pero de pronto escuché el grito de mi abuela, “¡Farida!”, y mi susto fue tal que solté la mano de la mujer, porque mi abuela no gritaba de horror, no gritaba de miedo, gritaba enojada, como si yo hubiera hecho una travesura, y Alá no quiera que la abuela se enoje, pensé… Me solté... La mujer me miró con cierta sorpresa… Y entonces escuchamos la voz de la abuela con toda claridad, sólo que ya no sonaba enojada. Dijo:

**Adila:** Sabes, Farida, cuando tu bisabuelo plantó el primer olivo…

**Farida:** Yo ya conocía la historia…

**Adila:** Yo era muy pequeña, incluso más pequeña que tú…

**Farida:** La sabía de memoria…

**Adila:** Pero yo, como tú, también quería llevar agua a los olivos aunque estuvieran lejos y el agua pesara…

**Farida:** La había escuchado cientos de veces…

**Adila:** Y es por eso que tu bisabuelo plantó ese olivo más cerca de la casa, para que yo pudiera llevar agua, igual que mis hermanos, mis tíos, todos…

**Farida:** (*Conmovida*) ¡Tantas veces!

**Adila:** Pero el olivo no crecía. Se sentía solo, lejos de sus hermanos, así que le pedí al abuelo que plantara otros a su alrededor, porque me daba pena el arbolito, tan chiquito y tan solo… (*Le cuesta continuar, emocionada*)

**Farida:** (*Sonríe, enternecida*) El amor… Es el amor el que reescribe todas las historias, ¿verdad?

**Adila:** Y una vez rodeado de hermanos, el olivo creció. Todos crecieron. Juntos. Porque se crece mejor cuando se crece… juntos… juntos, Farida…

**Farida:** “¿Podemos escuchar un poco más antes de irnos?”, le pregunté a la mujer. Y ella asintió. Nos sentamos allí mismo, a la sombra del olivo, que era, me di cuenta en ese instante, el mismo del que hablaba la abuela… La voz de la abuela Adila nos envolvía como la más abrigada de las mantas y mi corazón vibraba junto al corazón del olivo… y luego, una a una, empezaron a sumarse las voces de las vecinas, cada una contando algo más asombroso que lo anterior, “¿Una más”?, le preguntaba a la mujer, y la mujer asentía, creo que encantada también ella con lo que estaba escuchando… Y así fue cómo mi abuela, ayudada por sus amigas, me trajo de vuelta. Mi abuela embrujó a la muerte porque está escrito que el amor es capaz de insuflar vida nueva a las historias viejas y que la voluntad es capaz de atravesar todas las edades, las eras, las dimensiones, todas las distancias de este mundo y de los otros, cada semilla en cada generación y aún más, si es llevada por la voz de una mujer… La mujer se levantó y me dijo “¿vamos?”, y yo le dije que no. Ella me miró con ternura, me acarició la cara, me dijo: “cuando llegue la hora, tú serás yo. Tú serás quien diga “vamos””. Me dio un beso y se fue por donde había venido, sin decir nada ni explicar qué había querido decir. Yo remonté la cuesta, aferrada al hilo rojo de los cuentos y lo siguiente que recuerdo es la cara de sorpresa del soldado que levantó la piedra que me tenía prisionera…

*Luces. Se escuchan corridas afuera y disparos.*

**Adila:** (*Angustiada*) Nadie quiere más muerte, pero… (*Hace un gesto indicando el afuera*) Somos como ovejas, una detrás de la otra sin mirar dónde ponemos los pies, violando todos y cada uno de los mandamientos…

**Dania:** No tienen paz.

**Adila:** O la tienen, pero no lo saben.

**Dania:** Usted es muy buena, Adila…

**Adila:** Todos lo somos…

**Dania:** ¿Usted cree?

**Adila:** (*Se va compenetrando con lo que dice, se exalta*) No lo creo: lo sé. La mayoría de la gente es buena. Todos quieren la paz, pero… ¡la buscan afuera! ¡Afuera, cuando la paz es una virtud del alma! La paz está adentro, ¿verdad? Adentro de cada uno, ¿cómo podrían encontrarla afuera? Y mientras, mueren todos los que no tienen que morir… ¡Siempre mueren los que no deben!

*Dania escucha a Adila muy conmovida. Adila llega al final de su parlamento muy emocionada y al borde del llanto, de pura desesperación. Dania se acerca y la abraza. Adila se recompone. Vuelve a la tarea en la mesa.*

**Adila:** (*Avergonzada*) No digo que nadie deba morir, usted me entiende…

**Dania:** Claro que la entiendo, pero…

**Adila:** (*Preocupada*) ¿Pero qué?

**Dania:** Que estoy segura de que las cosas estarían mejor si unos cuantos tuvieran la decencia de morirse…

*Adila se la queda mirando, pesando las palabras de Dania. Pero luego sonríe. Sabe que es un chiste.*

**Adila:** (*Se lleva las manos a la cara, horrorizada*) ¡No diga eso! (*Se tienta, pero se reprime*) ¡No diga eso! (*Se ríe*) ¡Cállese, que Alá siempre nos manda el doble de lo que le deseamos a los otros, bueno y malo!

*Adila y Dania se ríen a carcajadas. Farida las mira.*

**Dania:** (*Riéndose*) Debemos haber sido muy mal pensadas, usted y yo, Adila, para terminar encerradas en este lugar.

**Adila**: (*Risueña*) ¡Muy malas!

**Dania**: Pero somos humanas, ¿verdad? Y a veces pensamos esas cosas. Dios sabrá entender.

*Las dos se ríen. Los ruidos de la guerra arrecian afuera. Adila y Dania se asustan. Farida está extrañamente tranquila. Los ruidos se alejan.*

**Dania:** (*Un poco angustiada*) ¿Y ahora?

**Adila:** Esta será una noche larga. (*Suspira. Piensa. Decide*) Ahora que todo está listo, hay que contar historias…

**Dania:** ¿Más historias, abuela?

**Adila:** (*Se ríe*) Todo lo anterior fue conversación. Contar historias es otra cosa, muy diferente. Cuando conversamos, compartimos el corazón. Pero cuando contamos historias, nos damos el alma unas a otras, y nuestras almas aprenden lo que necesitan saber… ¿Conoce alguna historia?

**Dania:** (*Desconcertada*) Me pone en un aprieto, Adila…

**Adila:** No se preocupe. Yo la ayudo: Había una vez…

**Dania:** Había una vez… No sé si pueda hacerlo, Adila…

**Adila:** Shhh… Usted que puede, tome un poco de vino… Ya sé: había una vez una hermosa joven que se llamaba Munira…

*Dania se sirve una copa de vino. Mira a Adila. A partir de aquí, las dos mujeres contarán la historia para Farida, casi que montando un numerito para ella y hasta moviendo la silla de ruedas por todo el lugar. Se compenetrarán cada vez más y se reirán mucho. Farida escuchará con suma atención y reaccionará frente a las alternativas de la historia.*

**Dania:** Munira… La bella Munira. Porque se sabe que las jóvenes bellas bien pueden llamarse Munira y hasta Farida si la ocasión lo requiere…

*Farida se ríe, encantada.*

**Dania:** Pero esta se llamaba Munira, y era muy romántica… Soñaba con el mar…

**Adila:** Sí, el mar, un mar con peces verdes, azules y plateados que nadaban entre las olas…

**Dania:** Y eran unos hermosos peces los del mar de los sueños de Munira, porque nadaban entre corales rojos como la sangre, y el rojo del coral los hacía ver aún más hermosos, así como eran, azules, verdes y plateados…

**Adila:** Pero Munira vivía lejos del mar…

**Dania:** Muy lejos, en el desierto. Los sueños de Munira estaban tan llenos de agua, que cuando despertaba para descubrirse rodeada de arena, le daba mucha sed…

**Adila:** ¡Ah! ¡Qué sed le daba!

*Ríen todas.*

**Dania:** Mucha sed, una sed apremiante, urgente, porque sentía que toda esa arena a su alrededor iba a acabar por secar al mar que rugía en su interior… Así que tomaba mucha agua.

**Adila:** Mucha agua.

**Dania:** Por supuesto que esto preocupaba mucho a su madre y a su abuela…

**Adila:** Su abuela, que era una mujer muy sabia…

*Se ríen, cómplices.*

**Dania:** ¡Muy sabia! Sí, la abuela de Munira era muy sabia, y un día le dijo: “Munira, mi nieta adorada, esa sed que tienes poco tiene que ver con el agua, y no se calmaría ni aunque te lleváramos al centro mismo del océano, donde habitan esos peces que ves en tus sueños…”, “¿Y entonces, abuela?”, preguntó Munira. “Alá que es grande, dispondrá”.

**Adila:** ¿Y dispuso?

**Dania:** Claro que sí. Alá siempre dispone.

**Adila:** ¿Y qué dispuso?

**Dania:** Dispuso que a la madre de Munira se le cayera de las manos la última vasija de aceite que había en la casa cuando comenzaba a preparar la comida…

**Adila:** ¡Oh, no!

**Dania:** Sí.

**Adila:** ¿Y cómo podría cocinar sin aceite?

**Dania:** Justamente. Aneesa, que así se llamaba la madre, tomó a su hija de la mano y se fueron las dos al mercado, a comprar aceite.

**Adila:** Ah, muy bien. Una mujer muy práctica, se ve…

**Dania:** ¿Aneesa? La que más.

**Adila:** ¿Y entonces?

**Dania:** Que el vendedor de aceite no estaba.

**Adila:** ¡No! ¿Y qué pasó?

**Dania:** Que el vendedor no estaba, pero sí estaba su hijo…

**Adila:** ¡Ah! El vendedor de aceite tenía un hijo…

**Dania:** Sí. Y ese día había ido al mercado a reemplazar a su padre, que se encontraba enfermo.

**Adila:** ¿Enfermo? (*Apenada*) ¡No!

**Dania:** Un resfrío, una gripecita de nada…

**Adila:** ¿Una gripe? ¿En el desierto?

**Dania:** ¡Si será sabio Alá!

**Adila:** Ah, bueno, si era una gripe enviada por Alá, bien engripado el mercader entonces…

**Dania:** Sí. ¿Y saben qué ocurrió?

**Adila:** ¿Qué?

**Dania:** Que el hijo del mercader, que se llamaba Ismael, tenía los ojos azules, ¡azules! Tan azules como el mar de los sueños de Munira.

**Adila:** Oh…

**Dania:** Munira se quedó muy desconcertada.

**Adila:** ¡Pero claro! ¡No es para menos!

**Dania:** Muy desconcertada del azul de los ojos. Y aún más cuando Ismael la saludó, porque su voz tenía la profundidad del viento en el mar de los sueños de Munira.

**Adila:** ¿Ismael la saludó, entonces?

**Dania**: Claro. Era muy educado. De hecho estaba muy bien educado. Su padre, que lo amaba mucho, había vendido todas sus camisas para mandarlo a estudiar fuera, y él acababa de volver de su viaje de estudios…

**Adila:** ¿Y cómo supieron eso Aneesa y Munira?

**Dania:** Porque Rabab, la vendedora de higos del puesto de al lado se los dijo. Ismael se sintió muy avergonzado, porque no le gustaba que hablaran de él. Pero sí: Rabab se encargó de contarles todo. Ismael, prendado de la sed de Munira, la miraba, y Munira, con el corazón desbocado, se escondía detrás de su madre y simulaba elegir higos. Y Rabab contaba: Ismael había atravesado el mar en barco y había vuelto en barco. Dos veces había atravesado el mar y por eso tenía los ojos azules: el mar se había metido en ellos, cambiándoles el color.

**Adila:** Bendito sea Alá, que cuando dispone, bien dispone.

**Dania:** Amén.

**Adila:** ¿Y entonces?

**Dania:** Y entonces Aneesa que, ya lo dijimos, era una mujer muy práctica, le pidió a Ismael que cada semana llevara una vasija de aceite a su casa…

**Adila:** Ah, muy bien pensado. ¿Y qué pasó?

**Dania:** Que Munira empezó a tener más sed… Una semana. Una semana debía pasar antes de que el mar, en los ojos de Ismael, llegara hasta la puerta de la casa. Un día. Cuánta sed. Munira espiaba por la ventana, por si el tiempo se confundía, pero no.

**Adila:** Dos días. ¡Cuánta sed! Munira ayuda a su madre a limpiar la casa, segura de que si se mantiene entretenida, el temblor en las rodillas pasará.

**Dania:** Tres días, cuatro días. ¡Cuánta sed! Munira le pide a su abuela que le cuente historias, para que el tiempo se equivoque y pase más rápido. Y la abuela le cuenta historias de palacios bajo el mar…

**Adila:** Cinco días, seis. Ya es mucha la sed. La sed no se apaga con nada. Munira se pasea como sonámbula, cantando las canciones del mar… Y de noche sueña con ojos que se transforman en un mar que la mira…

**Dania:** Una semana. Ese era el día. Munira se levantó, abrió la ventana y... ¡Bendito sea Alá! Llovían flores amarillas. Nadie sabe cómo ni por qué, pero llovían flores amarillas…

**Adila:** Lo quiso Alá…

**Dania:** Los vecinos estaban en las puertas, observando el milagro, y hete aquí que de pronto, entre las flores amarillas, allá a lo lejos, apareció Ismael con su vasija de aceite. Munira se acomodó la ropa. Los ojos de Ismael, ella podía verlos, parecían dos peces volando sobre el camino. Munira se acomodó el hiyab. Y las flores seguían lloviendo…

**Adila:** ¡Es verdad! Eran muchas las flores, llovían flores, y no sabíamos qué hacer, si asustarnos o saltar de alegría…

**Dania:** Munira se dio cuenta de que ya no sentía sed. Ismael golpeó a la puerta. Munira abrió. Ismael dejó la vasija en el suelo. Se miraron. Ismael, ruborizado, le tendió una mano, y Munira se la tomó…

**Adila:** Y todos supimos que iban a ser felices para siempre, porque para eso había enviado las flores Alá.

**Dania:** Amén. Amén. Amén.

*Vuelven a la mesa. Beben agua, Dania vino. Se sirven dátiles.*

**Adila:** Qué linda historia, ¿verdad Farida?

**Dania:** No sé de donde salió, pero salió…

**Adila:** Del amor, claro está. El amor, que, al fin y al cabo, es lo único que nos llevaremos de este mundo.

**Dania:** ¿Usted cree?

**Adila:** Se lo aseguro: sólo nos llevaremos el amor que hayamos sembrado…

**Dania:** Amén.

**Adila**: Y quizás sea una buena cosa recordarlo hoy… Aunque sea en forma de cuentos…

*Adila y Dania se miran con ternura infinita. Suena el teléfono. Dania, sobresaltada, se apresura a buscarlo. Atiende, pero el teléfono sigue sonando. Dania lo mira con desconcierto. El teléfono suena, se escucha un pitido.*

**Mujer**: (*En off*) ¡Dania! Estamos muy preocupados. No logramos comunicarnos contigo.

*Dania se sobresalta. Adila se lleva una mano a la boca, aterrada. Las voces en off se confunden una con otras, como si fuera el dial de una radio.*

**Hombre:** (*En off*) Dania… Llamo sólo para escuchar tu voz en la contestadora… parece mentira…

*A Dania, horrorizada por lo que de pronto sabe, se le cae el teléfono de las manos. Se mueve por la escena, intentando identificar el lugar del que vienen las voces. Adila va con ella. Dania está tan estupefacta, que no sabe cómo reaccionar. Farida mira hacia el público con determinación. Sus manos buscan los apoya brazos de la silla de ruedas. Adila busca la mano de Dania.*

**Adila:** (*A Dania*) ¡Oh, querida! ¡Cuánto lo siento!

**Otra mujer**: (*En off*) ¿Qué podríamos decir de nuestra querida amiga Dania que ya no hayamos dicho o que no sepamos? Siguiendo el ejemplo de su madre, ayudó a todo aquel que necesitaba ayuda, sin pedir nada a cambio…

**Dania:** ¿Usted lo sabía?

**Adila:** (*Apenadísima, tocando el rostro de Dania*) Tal vez lo sabía… querida… ¿qué podía hacer?

**Hombre**: (*En off*) Siempre trabajando para los demás, nunca para ella… Siempre trabajando por la paz de nuestros pueblos…

*Dania parece a punto de romper en llanto, pero se recompone. Respira hondo. Se encoge de hombros. Farida se levanta. Adila y Dania la miran con sorpresa.*

**Mujer:** (*En off*) Ella fue a verme al hospital… yo era una niña asustada, y ella la única cara amiga en aquel lugar…

*Se escucha el sonido del mar, que lentamente invade la escena. Y luego la música.*

**Adila:** Farida…

**Farida:** ¿Vamos?

**Dania:** ¿A dónde vamos?

**Farida:** Al mar…

*Farida les tiende las manos. Las mujeres se las toman. La música aumenta la intensidad. Salen.*

**APAGÓN**

*Colonia del Sacramento. Febrero 2017.*